



MERCADO DE CALATRAVA (MÉRIDA).

# MI MADRE Y EL MERCADO

■ ANTONIO CALVO

**Y**a no aguanto más. La necesidad de deshacerme de mi madre es fuerte como una roca y si no la atiendo me saldrá una úlcera o algo peor. Y, además, no terminaré de heredar nunca, maldita rata tacaña. La verdad, si hubiera sido generosa, no habiéramos llegado hasta aquí, pero parece que se empeña en ello. No me deja ni mandar en la finca, ni tener tarjetas de crédito a mi nombre, ni dinero en metálico, ni una cuenta corriente mía. ¡Y tengo ya 45 años, caramba! No puedo salir con esas chicas tan monas que están en todas partes y que, me parece, piden dinero luego, según me cuentan los que trabajan en la finca. Y dicen unas cosas de esas mujeres y de lo que pasa cuando vas con ellas que me muerdo de ganas de ir. No puedo comprarme videos o revistas. No puedo hacer nada más que ir con ella o pasear por ahí sin un duro en el bolsillo. Y eso se va a acabar.

Mamá lleva siempre unos abrigos muy caros, bastante poco frecuentes en Mérida, que tiene en un armario de la finca. Desde que murió papá ella manda en todo, incluso en mí. Dice que soy débil de carácter y que no sabría qué hacer con la finca y el dinero. Jé, claro que sabría. Con la de mujeres de esas que hay por ahí.

La vida aquí no es muy aburrida, pero tampoco tan divertida. A veces montamos a caballo, aunque sólo me deja hacerlo si ella viene conmigo. Si ella no sale, dice que yo no puedo salir tampoco. Y una vez que me escapé hasta las cochiqueras yo solo, hace mucho, me castigó sin postre durante un mes. Dice que me perderé y no sabré volver si me marchó y que, además, siempre vuelvo sucio. Cuando se enfada dice que parece mentira que tenga la edad que tengo y no sepa hacer la o con un canuto, pero es mentira: he probado y con un canuto sí

que se hacer la o. De pequeño no fui al colegio, me parece. No me acuerdo muy bien, pero venían a casa profesores, aunque no me gustaba nada.

Salimos poco de la finca, que está en el campo, claro. Por ejemplo, nunca he estado en otro sitio que no sea Mérida y allí sólo para ir a comprar. Hay casas de piedra y otras más modernas, de ladrillo. La ciudad me gusta. Es diferente de casa, pero me gusta. Mamá dice que hay gente mala por todas partes y que tiene que tener cuidado para que no le quiten el bolso y todo lo demás. No se a qué se refiere cuando dice que todo lo demás, aunque a lo mejor es a los abrigos de animales que lleva, a los collares que suenan como cencerros y a las pulseras que casi no puede levantar el brazo con ellas.

Habitualmente vamos al mercado en el Land Rover, con Pascual, que nos espera en la puerta y que suele llamar un poco la atención. Sobre todo por el coche, tan grande y tan limpio en un sitio donde todos suelen tener más polvo que el camino de Santiago.

De todas formas, mi madre, aunque llegara sola y vestida más normal, también llamaría la atención. Le gusta mucho hacerlo. A mi, en cambio, me gusta pasar inadvertido. Por eso muchos días que vengo al mercado traigo mi gabardina y el sombrero de papá, y entro del brazo de mamá sin que nadie me reconozca. Algunos se confunden y me saludan por mi nombre, pero tengo la impresión que lo hacen sólo por molestar. Yo no les digo nada y, como llevo gafas oscuras, no saben dónde miro.

Mientras mi madre compra, yo me paro delante del puesto de los pollos y los huevos -Gómez: aves, huevos, caza- y miro. Escojo uno de los que están colgados cabeza abajo, normalmente un pollo, aunque otras veces es un faisán de esos que tienen aún las plumas y gotean un poco de sangre, escojo uno, digo, y me apuesto algo a que va a ser el primero que despachen. Como apuesto conmigo siempre gano. No me gusta irme antes de que lo vendan, así que a veces me quedo allí mucho rato, hasta que mamá o Pascual vienen a buscarme. Una vez Pascual tuvo que tirar de mí para que me marchara, porque el mío era el único pollo que quedaba por vender y estaba seguro de ganar. Como me pudo, volví muy pronto a la mañana siguiente hasta que lo vendieron.

También elijo un huevo, pero de esos se venden mucho y no me ha pasado el elegir uno y que no lo hayan vendido muy pronto. Bueno, supongo, porque tengo que mirarlo muy fijamente para saber cuál es y no perderlo y hay veces que me parece que me confundo. Es que los huevos son muy parecidos los unos a los otros. Con la fruta y el pescado también lo hago de vez en cuando, pero me gusta más la pollería. Sobre todo por el olor. El de la fruta suele parecerme demasiado dulzón, el

del pescado se me atraganta un poco y el de las carnicerías de verdad, las que tienen vacas y corderos, me parece demasiado espeso, demasiado evidente que huele a sangre. El de las pollerías es delicado, más sutil que ninguno y dentro de él se puede reconocer el olor de cada especie y, si me dejaran tiempo, el de cada pieza.

De todas formas, para lo que quiero hacer, para matar a mamá de una vez, me parece que los mejores aliados son los fruteros y sus puestos de colores. Entre el blancuzco rosáceo de las pescaderías, el monótono rojo de las carnicerías y el dorado de la panadería, el colorido rojo y verde y amarillo y marrón -casi nunca azul, la verdad- de las frutas, destaca como un cuadro. Además, como muchas veces están abiertas las enormes sandías, algunas calabazas y los cocos, el colorido es aún mayor. Así que, como digo, mis mejores aliados son las fruterías o, mejor dicho, las frutas. Necesito una cáscara de plátano en el sitio justo el día adecuado. También he pensado otras posibilidades, pero me parecen demasiado complicadas para que resulten. La gracia del asunto es que parezca un accidente, que nadie me puede acusar. Si me





acusar y tengo que ir a la cárcel sería una lata y, como dice Pascual, para ese viaje no hacían falta alforjas, aunque creo que, en este caso, se equivocaría, que para la cárcel hacen falta unas buenas alforjas.

Llevo ya tiempo pensando en ello casi como un profesional. El mercado es el lugar adecuado por varias razones. Primero, es el único sitio al que vamos. Y, como con esta me convenzo siempre, no hacen falta más razones para elegir el lugar. Segundo, un resbalón sería perfecto y en el mercado, en las escaleras, suele haber alguna hoja de lechuga o restos de papeles y fruta.

Nunca he visto solomillos, la verdad, ahora que lo pienso. Los del mercado son los cuatro escalones más peligrosos de la zona, de cemento pero con una tira de metal en el canto que a veces veo incrustándose en el cráneo de mamá y manchándose de rojo, con su olor peculiar, ni tan espeso como el de las carnicerías ni tan sutil como el de las pollerías.

Una vez casi conseguí que ocurriera. El día anterior, disfrazado como suelo hacerlo y sin que mamá me viera, cogí un plátano en una frutería. Para disimular también cogí una naranja, un aguacate y un kiwi sin que me viera nadie, tiré todo detrás del puesto y me quedé sólo con el plátano, que guardé en el bolsillo de la gabardina. Por la mañana del día siguiente, cuando fui con mamá al mercado, traté de dejar caer el plátano justo delante de

su pie, para que lo pisara en las escaleras, pero no tuve suerte. Le dio en la pierna y pensó que era un animal o algo, así que, con una agilidad que yo creía que no tenía, la movió hacia delante y le atizó una patada tremenda al inocente plátano que fue a parar contra el puesto que estaba enfrente. Por suerte, ella tropezó un poco y nadie, ni ella misma, que sin gafas no ve nada, relacionó el tropiezo con el platanazo que se llevó el vendedor de lotería. En todo caso, aunque a mi no me pasó nada, fue una maniobra fallida que me obligaba a pensar en otra cosa pronto.

¡Veneno, dije para mí al despertarme de una siesta en casa! Si consigo un buen raticida y lo meto en lo que compre, luego ella se lo come y Santas Pascuas. El caso era cómo conseguir un buen veneno que no se note demasiado, ni de sabor ni luego. Un poco difícil. ¡Pescado, pensé otra tarde después de la fecunda hora de ses-teo! Estoy seguro de que si meto en el pescado unos buenos alfileres, cuando se lo coma se atraganta y al carajo. Aunque siempre le quitan las espinas antes y, aún así, se da bastante maña para quitarlas ella y supongo que los vería. Un poco difícil. Pero si el veneno se nota y los alfileres los notaría, quizá sea más fácil si consigo que se atiborre de algo. Como es como es, si tiene mucho chocolate, por ejemplo, se lo come todo y puede que le sienta mal. Por eso vamos al mercado cada día, no sólo



para pasar el rato sino para comprar lo que le gusta cada día y que no almacena para que no se le gaste en el día, o algo así. De todas formas, creo que nadie se muere de indigestión de chocolate. Entonces, ¿de qué?

Gómez, cómo no, el de mi pollería favorita, me dio la solución. Un montón de huevos de codorniz, tan pequeños, tan blanqueros, tan graciosos, tan amontonados en sus cajitas transparentes como de huevos de juguete, seguro que eran capaces de producirle una crisis hepática. Pero como no sabía si quería tomarse los treinta y cinco o cuarenta huevos que supuse que hacían falta para este negocio, pensé que tenía que tomar cartas en el asunto y buscar la manera adecuada de hacérselos tragar.

Con el Cheminova de cuando era pequeño, después de todo no hace tanto, puse los huevos en un matraz al fuego y a través de un serpentín, tal como se destila el agua, destilé la esencia de los huevos, su sustancia íntima, una arenilla con una especie de humillo raro. Claro que era posible que lo que hace daño al hígado sea, precisamente, lo que rodea, lo de relleno, lo blanco y lo amarillo, es decir, el huevo en su conjunto y no el espíritu huevil. Pero había que arriesgarse.

Mamá cenaba siempre una tortillita francesa, así que, para no levantar sospechas, hice yo una con la esencia de los cuarenta huevos de codorniz y medio de los de gallina normales. Quedó bastante aparente, aunque pequeña. Unos minutos antes de que le subieran a su cuarto la tortilla de verdad, aparecí yo con la mía, que había hecho con el fuego de la chimenea en una sartén que cogí de la cocina. Le pareció espléndida y un detalle por mi parte el que se la trajera personalmente.

Con la voracidad que la caracteriza cuando está sola o conmigo, se la zampó en un momento, acompañada por dos vasitos de vino. Yo no sabía si esperar que se pusiera morada o más bien amarilla si era un problema hepático o marcharme como si nada, lo que acabé haciendo dado que no aparecía ningún síntoma. Me acosté con la ilusión de que por la noche el hígado la dejara seca. Sin embargo, por la mañana, fresca como una rosa, me vino a despertar para dar un paseo a caballo.

Otra vez, mirando el puesto de frutas, mientras tardaban en llevarse la lechuga que yo había elegido como compra de la próxima cliente, se me ocurrió que alguna hortaliza de sabor fuerte, como rabanillos o apio, podría servir para camuflar un veneno más efectivo. O, mejor aún, algo del puesto de frutos secos, con colores pardos y olores moros, con sus bandejas llenas de aceitunas grandes y pequeñas, verdes y negras, con aliños de todo tipo, con los cristales detrás de los que las patatas fritas y los cacahuetes siempre me tientan. En este puesto había banderillas de primera, que a mamá le gustaban a veces

y algunos otros picantes ricos. La cuestión era decidir qué veneno y encontrarlo, o sea, estaba como al principio. El matarratas que a veces se utilizaba en casa se notaba mucho en el sabor, tal como comprobé al probarlo.

Un día, leyendo el periódico, se me ocurrió que podía conseguir clembuterol e inyectarlo en un pedazo de carne para terminar con ella y que pareciera un accidente. Sin embargo, hice unas investigaciones y me enteré de que tenía que ser una dosis muy grande para matarla y que tampoco se aseguraba la muerte. Joder, no es nada fácil matar a una madre y que no se note.

Mientras, yo seguía desesperado sin poder ir con esas mujeres tan guapas, o incluso con alguna de las feas. Pascual y los demás me decían que sin dinero era imposible y que no podía ir con ellos, que me parece que iban todas las semanas, si no llevaba, por lo menos, veinticinco mil pesetas. No se si exageraban un poco para dejarme en tierra pero, aunque fuera menos, yo no tenía ni un duro.

Un día lo vi claro. Por alguna razón las escaleras del mercado estaban un poco más sucias de lo normal. Como yo iba andando un escalón por delante de ella, casi resbalo al pisar una inevitable hoja de lechuga.





Entonces la vi, allí, justo en el borde del segundo escalón, con su dorado real y las preciosas manchitas negras, con hilitos colgando, con la textura de la carne perfectamente marcada, una impecable cáscara de plátano sucia y resbaladiza.

Con mimo, agarré a mamá del brazo para bajar la escalera, hice el quiebro idóneo para que pusiera el pie sobre ella y ¡se paró de golpe! Se había olvidado el bolso en el coche y me pidió que fuera a por él. Pensé que, después de todo, mejor, casi seguro que se caería sola. Cuando volví del coche, sin embargo, estaba ya comprando en un puesto y la cáscara seguía como si nada en el borde del segundo escalón. Casi la piso yo, de rabia.

¿Es que no podía un hombre honrado matar a su madre en un mercado? ¿Eh? Pues parecía que no, ni en un mercado ni en ningún otro lugar. Quizá yo no fuera un asesino de temple probado, pero tampoco un inútil. ¿O sí? ¿Cómo leche podría hacerse? ¿Es que no puede un hombre, si le apetece, estar con mujeres de su edad, o un poco más jóvenes, por favor?

Harto de todo, decidí que a grandes males grandes remedios. Un estacazo y a otra cosa. Casi a punto de irme a por ella soñando ya con las otras mujeres, sopeando la estaca en la caseta de las herramientas, pensé que para qué quería la finca y el dinero si en la cárcel no me dejarían salir ni tampoco podría avisar para que vinie-

ran esas mujeres, así que lo dejé. Tenía que parecer un accidente, pero eso era condenadamente difícil.

El dios del mercado central, que seguro que existe, acudió en mi auxilio por fin. Pascual, un día que yo me había quedado en casa, llegó hecho una estatua de pálido y me dijo que mamá se había caído en el mercado, que estaba sucio y que una hoja de lechuga...

Corrí con él al hospital, el corazón brincando de alegría y la cara seria, y allí estaba mamá, con la cabeza abollada y más muerta que los pollos que cuelgan cabeza abajo en las pollerías. No pude reconocer el olor que había presentido tantas veces con tanto desinfectante de hospital y tanta asepsia. Había gente que decía que lo sentía mucho y que acompañaban en el sentimiento y yo le daba la mano muy serio a todo el mundo y decía que sí.

Esa noche no pude ir con mujeres, ni Pascual ni los otros me lo propusieron. De todas formas, a mí me parecía feo hacerlo antes de enterrar a mamá, así que nada. Al día siguiente fue el entierro y luego vi al abogado de la familia, que vino a casa. Me dijo que mamá había dicho que él administrase la finca y las cuentas, pero no le dejé y le obligué a darme todo. Cuando pude disponer de dinero, fui y vi que era verdad lo que decían Pascual y los otros. Que veinticinco mil cada una. A ellos les debían conocer y no les veía pagar, pero yo me retrataba cada vez.

En poco tiempo, y con los muchos amigos que no sabía que tenía y que surgieron de golpe, gasté todo lo que había en la cuenta, que no era tanto. Luego vendí la finca y en una cuantas fiestas con muchas mujeres me quedé sin dinero. Es que los precios, según me dijeron, cambiaban. Si había más gente en el sitio, era más caro y como a mí me gustaba tanto iba seis o siete veces cada día, por lo menos.

Las mujeres esas decían siempre que qué barbaridad, que cómo era yo, pero debía ser por haber estado tanto tiempo esperando para ir allí. Total, que era bastante dinero cada día. Me había instalado en un hotel, pero me echaron a los seis u ocho meses, cuando me quedé sin blanca y no encontré ni a uno de los amigos de antes.

Ahora vivo en el mercado, el único sitio que me gusta y que no me cobran por entrar. Por la noche me quedo casi siempre dentro, sin que nadie se de cuenta; como no llevo gabardina ni sombrero y las ropas están un poco viejas, he visto que ahora paso inadvertido de verdad. Durante el día voy por los puestos, entretenido con mis apuestas y recordando a las mujeres esas. De vez en cuando cojo algo de fruta de un puesto en el que la señora es un poco mayor y ya no ve tres en un burro. □

ANTONIO CALVO. Periodista